

Hernán R. Mora Calvo

## Freud y la conciencia moral o Freud en breve excursio por el imperativo categórico de Kant

---

*Es muy difícil/vencer a los espectros,  
/ convertir en más luces/ tantos instintos ciegos.  
Jorge Guillén: Homo, en: Aire nuestro*

**Summary:** *In Freud's thought the formation of the conscience is a long introjection process. Oedipus' complex (parents->family->society) is the great master of conscience and it ends up recognizing itself in relation to the super-ego. Thus, Kant's categoric imperative is Oedipus' official heir.*

**Resumen:** *En el pensamiento de Freud la formación de la conciencia es un largo proceso de introyección. El complejo de Edipo (padres->familia->sociedad) es el gran maestro de la conciencia y ésta acaba reconociéndose en relación al super-ego. Así, el imperativo categórico de Kant es el heredero oficial del Edipo.*

En 1924, escribió Freud: "El imperativo categórico de Kant es el heredero directo del complejo de Edipo".<sup>1</sup> En este trabajo nuestra intención es aclarar en qué sentido este complejo puede llegar a ser formador de la conciencia al modo del imperativo categórico kantiano; en qué sentido, en otras palabras, el complejo de Edipo llega a tener cierta relación con algún aspecto de la ética kantiana. Una vez establecido eso, también se pueden establecer algunas consecuencias, a ellas también queremos alcanzar, aunque sea de una manera muy breve, entre los planteamientos de la presente introducción en el pensamiento freudiano.

### Edipo entre bambalinas

Quizá —desde el punto de vista de Freud— el factor psíquico más influyente de todos en la personalidad sea el complejo de Edipo.<sup>2</sup> El mismo permite que el niño empiece a convertirse en un ser humano psicológicamente hablando. Durante la etapa fálica y de manera persistente hasta el quinto o sexto año de edad, se da cierta atracción hacia el progenitor del sexo opuesto, acompañado de celos, rivalidad y marcada hostilidad hacia el progenitor del mismo sexo. Freud dio el término de complejo de Edipo a esa situación que surge entre el padre, la madre y el niño. Entre los ejemplos que utilizara Freud para ilustrar este concepto se encuentran: la frecuencia con que los padres suelen ser más severos con sus hijos y más indulgentes con sus hijas y que frecuentemente las madres invierten esta relación. Ahora bien, en cualquiera de los dos casos, la consecuencia Freud la consideró como natural (biológicamente determinada), inmodificable en la especie humana: rivalidad y hostilidad naturalmente asociados con la reacción de Edipo, la cual no excluye de alguna forma frustraciones que se han experimentado a lo largo del proceso.

De seguido, a lo anterior se agrega que Freud revela la universalidad del complejo, todos los niños, quedan marcados —desde su niñez y hasta el final de la vida que les espera— con el doble y patético delito del incesto y el parricidio.

En este estado normal pero potencialmente patógeno, cabría esperar una resolución —por mecanismos de identificación, a partir de los cuales el niño se identifica con su padre e incorpora las metas y normas del padre a su propio modelo de conducta— en el sentido de la vida que habrá de llevar el niño cuando sea adulto. Igualmente la niña. Ella se identificaría una vez más, y finalmente, con su madre, avanzaría a la maduración emocional y encontraría que su compensación y seguridad se hallan en un papel (rol) femenino.

Sin embargo, también Freud estableció que, con alguna frecuencia, el complejo de Edipo se resuelve de manera inadecuada y que, consecuentemente, el individuo puede introyectar algunas de las características del progenitor del sexo opuesto. A partir de lo cual el sujeto tendrá impedimentos para desarrollar relaciones “normales” con personas del sexo opuesto.<sup>3</sup>

Ahora bien, pese a lo anterior y su esperanza en la resolución satisfactoria, sigue planteado el contenido del Edipo. El mismo no deja de contar con dos hechos fundamentales: el parricidio y el incesto. De ambos aspectos surge el temor o angustia a la castración, como fantasía taliónica y convencionalmente reconocida como castigo, la cual también trata de determinar (como autopreservación) la prohibición del incesto. La realidad humana, según Freud,<sup>4</sup> no puede negarse a experimentar el Edipo, es inevitable biológicamente, es parte de la naturaleza o condición humana.<sup>5</sup> Es más, negarse al Edipo es ya una represión, una violencia contra natura.<sup>6</sup> Y sería, así, un antecedente para un proceso patogénico en la personalidad, la cual empezaría a trastornarse precisamente en el Ello.

Por otra parte, en el complejo de Edipo —y lo mismo que en el mito del mismo nombre— hay una elaboración mitopoyética, un trabajo de represión que nos sugiere que hay contenidos ocultos (profundos) e inconscientes en el discurso de lo que es visible en ese complejo de cada individuo y en el mito mismo. Lo manifiesto de ellos vendría a ser cuanto denomina al complejo (inconsciente en todo ser humano) del parricidio y del incesto.

El complejo de Edipo, asimismo, tiene una secreta orientación a lo largo de las vicisitudes:

ante todo y en primer lugar, posee un objeto de elección y el mismo se muestra atrayente; sin embargo, entre el objeto y el sujeto se establece una identificación y una introyección del objeto en el sujeto; o, lo que es igual, una permeabilidad (maleabilidad=alteración) del sujeto. En segundo término, hay un acceso a la genitalidad (búsqueda del placer), y es la persona quien la busca porque la maduración biológica no la trae consigo en modo satisfactorio y absoluto. Este último factor de búsqueda trae aparejada la primacía de lo fálico. En tercer y último lugar, la personalidad queda afectada por los efectos de la restructuración, por la constitución de las diversas instancias, en especial el *super-yo*. Ahora, la eficacia del complejo como organización entrabada depende de cada individuo real, el psicoanálisis freudiano servía de teoría y de terapéutica, era uno porque era lo otro. “Su eficacia, recuerdan Laplanche y Pontalis,<sup>7</sup> proviene de que hace intervenir una instancia prohibitiva (prohibición del incesto) que cierra la puerta a la satisfacción naturalmente buscada y une de modo inseparable el deseo y la ley”. De esta forma no es de extrañar que, según Freud, en los pueblos incluso más retrasados por primitivos así como en los más desarrollados, la instancia prohibitiva en que se expresa el complejo de Edipo se especifique en estructuras triangulares constituidas por el niño, su objeto natural y el representante de la ley.<sup>8</sup>

En consecuencia con lo anterior, en la situación triangular desencadenada como complejo de Edipo es posible encontrar: primero, *una determinada forma de dicho complejo* (la orientación hacia un objeto de elección prohibido y finalmente inalcanzable); segundo, *al sujeto y sus pulsiones* (entre el objeto y el sujeto se establece una identificación=permeabilidad que implica deseo a la genitalidad) y, tercero, *otros focos de relación* (p. ej. el deseo inconsciente de cada uno de los padres, la seducción, la identificación, las relaciones entre los padres).

Otro aspecto llamativo también presente en el complejo lo constituyen los elementos filogenéticos. Independientemente de lo que de Edipo se viva o se encarne individualmente, permanece una constitución filogénica, una cierta manera biológica de esquematizar en la conciencia la vida imaginaria

del sujeto y que, por lo demás, interviene poco o mucho en el proceso triangular (p. ej. en la seducción, la identificación, la escena originaria del parricidio, la angustia, la castración).<sup>9</sup> Por el contenido técnico y casi de preponderancia biológica, este aspecto sólo es citado como para modo de consideración en este trabajo.

Finalmente, la relación triádica es la fuente misma de la existencia cotidiana y el objeto primario de todos los afectos (el niño requiere de su madre para alimentarse, p.ej.). De esta forma cualquier cosa que pueda alterar (comprometer o destruir) esa relación (incluida la angustia por la castración o la angustia del niño por sí mismo) y en la proporción que se experimenten pulsiones thanáticas (agresión, muerte o destrucción), es posible encontrar que pueden ser acciones yoicas o la expresión inconsciente del *ello* que trata de sobrevivir ante las pulsiones agresivas (o estimadas agresivas) de una madre o un padre; pues en efecto, el individuo sufre y no puede colmar nunca su deseo. Sin embargo, y pese a lo dicho, será lo interiorizado (introyectado) lo que puede sobrevivir, incluso inconscientemente, en la estructuración de la personalidad, es esto el fruto de las distintas relaciones aprendidas o vividas en el ejercicio de un triángulo freudianamente ineludible.

### Super-yo maestro

De conformidad con lo dicho más arriba, es la relación triádica la que entra en primer contacto con el niño; esto es, es la prohibición paterna la que se instituye en la personalidad del niño. En otras palabras, es el proceso cultural el que imprime su carácter normativo en el sujeto núbil. Freudianamente, el *super-yo* aparece ante el niño y busca transformarse en conciencia moral. Así nos dice Freud a este respecto: "El *super-yo* es para nosotros la representación de todas las restricciones morales, el abogado de toda aspiración a un perfeccionamiento; en suma: aquello que llamamos más elevado en la vida del hombre se nos ha hecho psicológicamente aprehensible".<sup>10</sup> El *super-yo* torna en "material" lo formal, lo reviste de significado y lo inculca. El *super-yo*

aporta unificación al caos en que es posible que se mezcle el *yo* a consecuencia de las pulsiones del *ello*. En este sentido, el *super-yo* sería el *yo* para la fractura, la articulación del cuerpo.<sup>11</sup> El *super-yo* es el educador de los niños, un arquitecto de la personalidad: "El *super-yo* del niño no se forma a imagen de los padres, sino a imagen del *super-yo* de éstos: se llena del mismo contenido y se convierte en el representante de la tradición y de todos los juicios de valor que subsisten así a través de las generaciones".<sup>12</sup> La enseñanza para los niños, sería así, ejercida bajo el sentimiento de la angustia de castración, dado que es ejercida desde la relación familiar y puesto que ésta es una relación triádicamente edípica. Una suerte similar corre la niña: la niña asimila (introyecta) la envidia del pene. Cuando ella descubre la diferencia entre los sexos, no la comprende, según Freud, entonces interpreta e introyecta una vez más, en esta última ocasión: la creencia de que es inferior, es víctima de una carencia. Consecuencia de esta enseñanza superyoica (parental) el niño sentirá temor; la niña habrá de aceptarse inferior. De acuerdo a ello: el edipo de la niña se fijará en el padre (él no es carente) y en hostilidad hacia la madre (tú puedes quedar completada y yo no, no me das oportunidad, además tú también eres carente).

### Un maestro categórico

El *super-yo* ejerce el arte de la prescripción. Lo que quiere decir, realmente, que el complejo de Edipo es quien está educando. Este sólo cumple su cometido y queda desactualizado cuando la angustia por la castración arranque al niño del campo preedípico (amar al progenitor de sexo opuesto), sometiendo al niño posteriormente a la aceptación de la renuncia al vínculo de exclusividad con su deseado progenitor y recibiendo en cambio la oportunidad de los juegos y convivios sociales. La hija, como dijimos, aceptará su limitación y pasará a ser completada por la maternidad y la vida matrimonial.

En estas circunstancias son claras las disposiciones de las funciones edípico-familiares-

sociales:<sup>13</sup> se trata de construir la moral en el interior del sujeto. Así dice Freud: “El *super-yo* de una época cultural determinada tiene un origen análogo al del *super-yo* individual, pues se funda en la impresión que han dejado los grandes personajes conductores, los hombres de abrumadora fuerza espiritual o aquellos en los cuales algunas de las aspiraciones humanas básicas llegó a expresarse con energía y pureza”<sup>14</sup> En efecto, el *super-yo* es un transmisor social y también posee sus canales y códigos para llegar hasta la conciencia, la introyección, la identificación son sólo algunos de sus más acostumbrados recursos. Para el *super-yo* la tarea está respaldada por el criterio que se constituye en cultura, por eso la transmisión *super-yoica* es transmisión cultural, es transmisión —si se quiere— de concepciones y valores socialmente convenidos (la impresión que han dejado los grandes personajes, la fuerza espiritual, las aspiraciones humanas básicas, la energía y la pureza).

Es llamativo el hecho de que tal parece que la cultura se puede también entender como necesidad para la convivencia;<sup>15</sup> pero lo es también que Freud afirme que puede ser entendida como una agresión ejercida por el *super-yo*: “Nos encontramos ante la curiosa situación de que los procesos psíquicos respectivos no son más familiares, más accesibles a la conciencia, cuando los abordamos bajo su aspecto colectivo que cuando los estudiamos en el individuo. En éste sólo se expresan ruidosamente las agresiones del *super-yo*, manifestadas como reproches al elevarse la tensión interna, mientras que sus exigencias mismas a menudo yacen inconscientes”.<sup>16</sup> Y para aclarar que el *super-yo* cultural forma al *super-yo* personal que formará a más individuos, añade: “Al llevar las exigencias del *super-yo* al individuo] a la percepción consciente se comprueba que coinciden con los preceptos del respectivo *super-yo* cultural”.<sup>17</sup> El *super-yo* pregona los preceptos, inculca la formación de la conciencia, garantiza una especie de felicidad que dice que es alcanzable e inflige el castigo caso de transgredir las normas. Sin embargo, los preceptos calan pronto y con fuerza en el individuo. Si rechaza las normas el individuo es antisocial, desequilibrado (neurótico o psicótico) y está condenado a

ser presa del pasado que su conciencia ignorará, pero que manifestará por medio de todo su ser. Sí, cuando el *yo* se opone al *super-yo*, a su estricta vigilancia y sugerencia, el *ello* puede ser lesionado pues los deseos entran en conflicto con la realidad y una pauta sustitutiva (simbólica) empieza a organizar el mundo, el significado y su posible desciframiento.

El fin primario de la enseñanza brindada por el *super-yo* está en relación con la adecuación de los deseos al principio de la realidad. El *yo* aparece así como un mediador entre el *super-yo* y el *ello*. El intento del *yo* es tratar de conciliar la cultura con los deseos. Ser consciente es un intento, ni más ni menos. Por eso mismo es un deseo muchas veces frustrado y frustrante: a mayor deseo, generalmente mayor desdicha; de igual manera a mayor intento de conciencia y control, también mayor desdicha. La situación pareciera insoluble.<sup>18</sup> “En sus afanes por mediar entre el *ello* y la realidad se ve obligado [el *yo*] con frecuencia a disfrazar los mandamientos *inconscientes* del *ello* con sus racionalizaciones *preconscientes*, a encubrir los conflictos del *ello* con la realidad, a simular con insinceridad diplomática una consideración por la realidad aunque el *ello* haya permanecido rígido e inflexible. Por otra parte, el riguroso *super-yo* observa cada uno de sus pasos, le presenta determinadas normas de conducta sin atender a las dificultades que pueda encontrar de parte del *ello* y del mundo exterior, y en caso de inobservancia lo castiga con los sentimientos de tensión de la inferioridad y de la conciencia de culpa. Así, pulsionado por el *super-yo*, repelido por la realidad, el *yo* pugna por dominar su tarea económica, por establecer la armonía entre las fuerzas e influjos que actúan dentro de él y sobre él, y comprendemos por qué tantas veces resulta imposible sofofocar la exclamación: ‘¡La vida no es fácil!’”. Cuando el *yo* se ve obligado a confesar su endeblez, estalla en angustia, angustia realista ante el mundo exterior, angustia de la conciencia moral ante el *super-yo*, angustia neurótica ante la intensidad de las pasiones en el interior del *ello*”.<sup>19</sup>

Por consiguiente, el *super-yo* se reviste de diversas formas, incluso actúa como cultura y como limitante del individuo y de la sociedad. La cultura (la enseñanza=la familia=la sociedad=el

Edipo) es una necesidad real y limitante; su existencia posee violencia, es la violencia hacia el ello, pero su omisión conduce a muchos tipos de riesgos, entre ellos el golpe psicoafectivo (se destruye el individuo, su *ello* y su *yo* y también las relaciones sociales, las cuales de alguna manera coadyudan a la perpetuación de este golpe, que es también autgolpe).

Así, el *yo* es uno de los tres alumnos,<sup>20</sup> que están siendo ilustrados o limitados por la enseñanza del *super-yo* cultural. "De este modo, conducido por el *ello*, restringido por el *super-yo* y rechazado por la realidad, el *yo* lucha por llevar a cabo su misión económica, la de establecer una armonía entre las fuerzas y los influjos que actúan en él y sobre él; y comprendemos por qué, a veces, no podemos menos que exclamar: "¡Qué difícil es la vida!".<sup>21</sup> Y Freud termina con esta sentencia breve pero clara y aterradora: "Cuando el *yo* tiene que reconocer su debilidad, se anega en angustia, angustia real ante el mundo exterior, angustia moral ante el *super-yo* y angustia neurótica ante la fuerza de las pasiones en el *ello*".<sup>22</sup>

### El imperativo categórico, breve confrontación de un formalismo *a priori*

Si Freud creyó en el inconsciente, Kant definitivamente creyó en la razón. La razón humana kantiana no es sólo teórica (capaz de conocer), sino que también es práctica, capaz de determinar la voluntad y la acción moral.<sup>23</sup> La razón es suficiente por sí misma (pura razón, sin impulsos sensibles) para mover a la voluntad. Es sólo bajo esta condición que es dable la existencia de principios morales válidos para todos los hombres sin excepción. Es decir, para Kant todo principio moral debe ser una ley moral que se considere de valor universal.

Las principios prácticos incluirían las máximas y los imperativos; las máximas son principios aplicados a sujetos individuales, autopropuestas personales, luego siendo subjetivas no cuentan con carácter universal. Los principios imperativos, por su parte, serían principios prácticos objetivos y con validez universal. Es este

último el caso de los mandatos o deberes, reglas. En estos casos la acción se expresa como necesidad objetiva; esto es, si la razón determina totalmente a la voluntad, la acción se producirá inevitablemente de acuerdo con la regla propuesta por la razón.<sup>24</sup> En el caso del imperativo categórico, el imperativo determina a la voluntad, no para obtener un fin deseado, sino simplemente porque la voluntad se ejerce como voluntad. Por este último modo de actuar la voluntad, ella misma se determina totalmente *a priori*. En el caso de que tal regla sea en la práctica justa, ese imperativo categórico se constituye en una ley, precisamente porque es imperativo categórico. Luego, sólo los imperativos categóricos son leyes morales. La necesidad de tal tipo de leyes estriba en ser válida para todos los seres racionales sin excepción. En efecto, el imperativo categórico es incondicional, válido por sí mismo, exigente e ineludible. Es patente que aquí la razón es el punto de eje. Kant formula un imperativo bajo pretensiones racionalistas. Ya es esta una manera de diferenciarlo con Freud.

Freud estimó que los valores son un producto cultural, formas socialmente permisibles en las cuales o bajo las cuales se puede expresar la capacidad pulsional. Los valores serían convenciones sociales, quizá mantenidas históricamente, pero que conviene tener en cuenta dadas las manifestaciones erráticas que una conducta libérrima ocasionaría a lo interno de la sociedad. Este supuesto,<sup>25</sup> coincide con la posición biológica de los primeros años del pensamiento freudiano (1891-1921), posición que le permitió sostener que la inhibición causada por la moral -sea individual o socialmente- origina trastornos en las expresiones de las pulsiones (ante todo libidinales) y en el contenido de esa moral (desde etiqueta, normas higiénicas, sentimientos, aprobaciones o reprobaciones).

Asimismo, el imperativo categórico aparece como formado *a priori* por la misma razón y con agradecimiento por la voluntad. Cosa muy distinta es lo que aquí establecemos como el origen tripartita de la conciencia (biológico, idealista del *yo* y propio de las masas) propuesto por Freud. Exponemos a continuación cada uno de estos orígenes brevemente:

### a) Origen biólogo

Dice Freud:

“En el niño civilizado se tiene la impresión de que el establecimiento de esos diques es obra de la educación, y sin duda alguna ella contribuye en mucho. Pero en realidad este desarrollo es de condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente, y llegado el caso puede producirse sin ninguna ayuda de la educación. Esta última se limita a marchar tras lo prefijado orgánicamente, imprimiéndole un cuño algo más ordenado y profundo”.<sup>26</sup>

La herencia y los factores biológicos determinan la educación (*super-yo*, familia, complejo de Edipo, sociedad). Este origen biólogo es duro, pero no entra en disputa total con los planteamientos que se vieron más arriba en torno a la educación y el *super-yo*, ambos, en efecto, pueden ser aclarados con el siguiente párrafo de la misma época; por lo demás, corresponden a fases de un mismo pensamiento y las diferencias quedan un poco salvadas:

“se ha ganado tiempo para erigir, junto con otras inhibiciones sexuales, la barrera del incesto, y para implantar en él los preceptos morales que excluyen expresamente de la elección de objetos [...] a las personas amadas en la niñez”.<sup>27</sup>

Aquí está presente la idea de que la cultura transmite contenidos que alteran el libre ejercicio del *ello* y que los mismos sirven como limitante para el principio del placer. La moral es vista, en consecuencia, como un mecanismo de inhibición y coerción socialmente dispuesto, autorizado, legítimo y justificado.

### b) Origen idealista del yo

En Freud, el concepto de un ideal del yo aparece en 1914, con *Introducción al narcisismo*. La tesis sostiene que la represión origina la formación de un yo ideal (conciencia moral reprobatoria), de donde se sigue la presencia del sentimiento de culpa. El individuo (freudianamente) habrá de experimentar indudablemente

la existencia de un contraste entre su yo real y el yo ideal, que por lo demás es experto en represiones, generalmente hacia el primer yo. De semejante yo idílico, hace desprender Freud una dura máxima: la incapacidad de negar esa estructura con capacidad condenatoria, mejor dicho, la imposibilidad de considerar una cultura o un individuo cuya existencia carezca de la represión y haga esto tolerable las pulsiones libidinales, sean reales o ideales, eróticas o thanáticas, ora reales, ora ideales por aparte o mezcla e interacción de ambas. El límite extremo de esas manifestaciones serían las diversas psicopatías (p. ej. narcicismo, paranoia, tristezas y melancolías). Por tanto, la identidad resultaría lesionada. Entre 1917 y 1921, al final de esta etapa, Freud concluye sosteniendo la imperiosa necesidad de la regulación por parte del *super-yo*. Para ilustrar este período:

“Las pulsiones libidinales sucumben en parte por la represión, cuando entran en conflicto con las representaciones culturales y éticas del individuo [...] no como si se tuviera un conocimiento meramente intelectual de su existencia [...], sino que deben suponerse como normativas”.<sup>28</sup>

Y,

“...en nuestro yo se desarrolla una instancia así, que se separa del resto del yo y puede entrar en conflicto con él. La llamamos “ideal del yo”. y le atribuimos las funciones de la observación de sí, la conciencia moral, la censura onírica y el ejercicio de la principal influencia en la represión”.<sup>29</sup>

### c) Origen propio de las masas

Ante un grupo los individuos cobran la experiencia del grupo: en la masa el individuo experimenta una moralización, de signo positivo o negativo según los estímulos recibidos y los impulsos despertados (eróticos o thanáticos).

Este tipo de moralización supone un adiestramiento del individuo, una moral singular que puede aceptar una moral común, siendo que la común es primitiva respecto a la individual, por eso, en la común se cancelan las inhibiciones y se

logra la satisfacción del placer. Otro ejemplo de esta serie es el enamoramiento. En él, el objeto amado ocupa el lugar del *yo* ideal y todo se supe-dita a él. Este tipo de conciencia es, según Freud, una idealización de un *yo* que se convierte en *super-yo*, es una ilusión, un falseamiento del juicio sobre el objeto amado. Sobre el objeto amado se deposita el *yo* ideal, el individuo queda desnudo sin ese ideal del *yo*, por ello las acciones se suce-den contradictoriamente, así, por ejemplo, “en la ceguera del amor uno se convierte en criminal sin remordimientos”.<sup>30</sup> Ante la diversidad que la so-ciedad freudiana pueda ofrecer, el imperativo cate-górico kantiano es una recriminación severa a las éticas de los bienes y de los fines, a las éticas empíricas y obviamente a las éticas hedonistas y utilitaristas. Kant duda de la posibilidad de que las personas se pongan de acuerdo sobre el obje-to final al cual todos tengan que tender. Este tipo de éticas, así como el planteamiento freudiano, serían vistos por Kant como caminos de egoísmo, dado que siempre aspiran a un propio bien.<sup>31</sup> Tales cosas, serían para Kant, propias del instinto y carentes en sí mismas de la posibilidad de recibir obligación. Todo ello no sería propio de la moral. El plano kantiano para la moral es, otra vez, el plano puramente racional y a priori. Así, el respeto al deber sería el fundamento de la moralidad. No sería moral lo que se hace, sino la in-tención con la cual se realiza la acción. Por otra parte, la intención se identifica con el deber.<sup>32</sup> Consecuentemente, no es suficiente cumplir ma-terialmente con el deber, sino que se debe cum-plir única y exclusivamente motivado por el pu-ro respeto al deber mismo. Cualquier otra propó-sito elimina a la acción como acción de valor mo-ral. Actuar conforme al deber es alcanzar un ni-vel legal (imperativo categórico); y, además ac-tuar para cumplir con el deber sólo por el respec-to y la sumisión a ese deber, eso es alcanzar un nivel moral.

La posición kantiana dista del empirismo (bien empírico) o una finalidad objetiva. Con Kant se trata del interior del ser humano; concre-tamente, se trata de la intención de actuar respe-tando el deber. La conducta humana ya no estaría ligada ni subordinada a fines exteriores. Así, el precepto cuando se hace categórico es absoluta-

mente universal, aunque sea formal. Entonces, se trata no de actuar por actuar, sino de actuar con-forme a la voluntad objetivamente conducida.<sup>33</sup> Ese es el propósito de imperativos como: *Actúa de tal manera que la máxima de tu acción pueda convertirse en ley universal; actúa de tal manera que trates al ser humano como fin y no como un medio*. Universalidad de la acción, porque hay universalidad de la ley y la ley porque es moral es un deber y es un deber porque es lo que en sentido estrictamente justo y racional corresponde. Mentir, matar o robar puede ser una acción, e incluso para algunos parecer acciones placenteras, pero no son acciones para fundar un modelo uni-versal, luego todos sus fundamentos son y deben ser ilegítimos.

El imperativo categórico, por otra parte, le concede al hombre autonomía: el hombre debe actuar sin coacciones ni motivaciones o subordi-naciones externas a él; sólo debe actuar de acuer-do con el deber emanado de su propia razón. La heteronomía de las acciones, según Kant, está su-jeta a riesgos. El imperativo categórico dicta al hombre cómo debe querer aquello que quiere y no lo que debe querer. Así, la moralidad no con-siste en lo que se hace, sino en cómo se hace lo que se hace.

Por último, los tres postulados de la razón práctica (la libertad, la existencia de Dios y la in-mortalidad del alma) están íntimamente relaciona-dos con el aspecto de la moral.<sup>34</sup> Freud, ha elimi-nado la posibilidad de estos tres postulados; inclu-so la libertad estaría en cuestión: las fuerzas libidi-nales y el inconsciente en pleno, así como la evo-lución biológica y la cultura, hacen sospechar que la libertad freudiana es muy difícil de sostener.

### Freud contra Kant

“Hemos adscrito al *super-yo* la función de la conciencia moral y hemos reconocido en la conciencia de la culpabilidad una tensión entre el *yo* y *super-yo*. El *yo* reacciona con sentimientos de angustia a la percepción de haber permanecido por debajo de las exigencias de su ideal, el *super-yo*”.<sup>35</sup> Así recordaba Freud las funciones del *super-yo* como formador de la conciencia. El *yo* se

encuentra para el equilibrio y servicio de tres instancias. Y el *super-yo* es, como se ha dicho, un modelo al cual puede aspirar el *yo*. “El *super-yo* es tanto el representante del *ello* como el del mundo exterior. Ha nacido por la introyección en el *yo* de los primeros objetos de los impulsos libidinosos del *ello* —el padre y la madre—, proceso en el cual quedaron desexualizadas y desviadas de los fines sexuales directos las relaciones del sujeto con la pareja parental, haciéndose de ese modo posible el vencimiento del complejo de Edipo. El *super-yo* conservó así caracteres esenciales de las personas introyectadas: su poder, su rigor y su inclinación a la vigilancia y al castigo”.<sup>36</sup>

En efecto, los padres introyectaron su cultura, incluidos los valores, en el *yo* infantil. Pero más aún, los padres fueron los primeros objetos libidinosos del *ello* infantil; y en este proceso la introyección (culturización y formación de la conciencia) sustituyen y desvían, por primera vez en la vida, a la personalidad psíquica de su hijo, “las relaciones del sujeto con la pareja parental” han sido modificadas, empieza la socialización de la conciencia y es de esperar que el Edipo se haya resuelto. Los padres se han despersonalizado físicamente, ahora son la norma moral (la conciencia moral) formada en el proceso de la introyección. La norma se personaliza. La conciencia adquiere la personalidad de las figuras edípicas ya introyectadas: su poder, su rigor y su inclinación a la vigilancia y al castigo. La norma es ineludible, es superior, es deber. La introyección y la desviación (superación del Edipo) conservan el carácter de las personas psíquicamente introyectadas, pero ningún proceso cultural parece poder evitar el efecto de la invasión a la psique del niño: la separación de los instintos no deja de ser una ruptura en la personalidad (alteración del *ello*, pues lo coarta; desequilibrio del *yo*; y, también aumento de la represión interior por parte del *super-yo*).<sup>37</sup> Así pues, el imperativo categórico viene a ser un despótico *super-yo*, si se le mira freudianamente. Importante resaltar la semejanza entre las expresiones kantianas y otras de Freud acerca del *super-yo* (esté éste ante un niño o aparezca ya como *super-yo* interiorizado): “nuestra propia razón lo reconoce como su mandato”; “está inseparablemente unido, en la misma concien-

cia de la ley”; “como motor de una facultad que domina la sensibilidad, aunque no siempre con efecto”. “El establecimiento del *super-yo* puede considerarse como un caso de identificación, lograda con éxito, con la instancia parental”; “el *super-yo* del niño no se forma a imagen de los padres, sino más bien a imagen del *super-yo* de éstos: se llena del mismo contenido, se convierte en el representante de la tradición, de todos los juicios de valor, que de este modo persisten a través de las generaciones”.<sup>38</sup> El imperativo categórico es un ejemplo de la introyección del rigorismo, el poder y de una enorme obsesión con el orden y el equilibrio general. El imperativo categórico visto así, sería —como sin duda el *super-yo*— la sustitución del complejo de Edipo, el representante del mundo exterior real y hasta el prototipo de las asociaciones del *yo*. ¿Qué queda de esto? Que sólo una vez eliminados todos los móviles empíricos y particulares y todo interés particular y utilitarista es posible atribuir al imperativo categórico puramente formal el único contenido que le es adecuado (la conciencia verdadera, esto es, la que está de acuerdo con la ley moral, con el deber, con la razón misma). En este sentido, el contenido del imperativo categórico inicia desde una instancia de legalidad y obligación; así como la efectuación de su norma y de su acción recubre en sentido universal a todos los hombres. El complejo de Edipo corre similar suerte: nace de los padres, quienes constituyen el *super-yo*, instancia eminentemente formadora, “regladora” y cuyos constituyentes, procesos y enseñanzas supone Freud de carácter universal.

### Breves conclusiones

1. El *super-yo* actúa sobre la personalidad psíquica del niño. Su efecto su introyección en el niño y la formación de su conciencia moral y de su posible adaptabilidad al futuro medio.
2. El pensamiento de Freud encierra, en el fondo, un determinismo biológico. Además, ni la libertad, ni la inmortalidad del alma, ni la existencia de Dios serían posibles, según Freud.<sup>39</sup> Estos tres elementos serían las ideas regulativas, posibles y necesarias, según Kant.<sup>40</sup>

3. El Edipo puede ser resuelto o no. El proceso de socialización podría remediar (sustituir) las carencias dejadas por el Edipo.

4. La moral es un producto aprendido y también algo biológicamente dispuesto (Freud); es una obligación universal, un deber categórico e incuestionable (Kant); la moral es una necesidad social (ambos).

5. Una de las mayores introyecciones en la psique humana es la norma moral. Su efecto, puede generar una vida estricta, rígida, compulsiva o enfermiza. Su ausencia, la disipación y la desaparición de la sociedad o sectores de ésta.

6. Freud sostiene un nexo correlativo entre: *super-yo*, conciencia, familia edípica, sociedad.

7. Kant es el modelo de una introyección *super-yoica* intensamente rigurosa.

## Notas

1. S. Freud: *El problema económico del masoquismo*. En: Obras Completas (OC). Trad. López Ballesteros. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973; p. 2357. Excepto previo aviso, seguimos esta versión.

2. Quizá sea más apropiado llamarlo "situación edípica", pues así no parecería referirse a una condición, estado o enfermedad, sino más bien a un determinado proceso natural en el desarrollo de la personalidad.

3. En sí, según Freud, el homosexualismo sería una alteración cualitativa de la sexualidad. Los datos que Freud brinda sobre el origen del homosexualismo y lesbianismo a partir de estigmas orgánicos o genéticos son escasos (cf. principalmente estos datos en lo que llamamos el primer Freud, el biólogo, o sea, entre 1890-1921; véase así, el primer ensayo de *Tres ensayos para una teoría sexual; Psicoanálisis y diagnóstico de los hechos en procedimientos judiciales*; y, *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*). Mas las ideas que parecen ser predominantes en Freud para explicar la homosexualidad son dos: 1) la mayoritaria, que se debe a un Edipo no satisfactoriamente resuelto (cf. *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci; El Moisés de Miguel Ángel; el segundo y tercero de Tres ensayos para una teoría sexual*); y 2) en todo ser humano se encuentra la condición biológica de la bisexualidad, dependiendo de las circunstancias hay una preferencia predominante (cf. *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad; Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina; Pegan a un niño*).

4. Cf. la carta de Freud con Fliess del día 15 de octubre de 1897. En ella Freud afirma que el complejo de Edipo está en Freud mismo y es universal porque es patente que el mito se muestra de modo manifiesto en el inconsciente de todo ser humano.

5. El complejo o situación de Edipo se estima natural. Llegando a hacer estudios incluso casi etnológicos, Freud trata de sostener la presencia del Edipo en las sociedades más primitivas. Tal posición freudiana puede ser tenida como un determinismo e incluso reduccionismo y se le llama "el postulado freudiano de la ahistoricidad del hombre" (A. Green: *Un ojo más. El complejo de Edipo en la tragedia*. Madrid: Noguer, 1971; p. 63).

6. "No veo motivo alguno para no considerar el apartamiento del yo del complejo de Edipo como una represión, aunque la mayoría de las represiones posteriores se produzcan bajo la intervención del *super-yo*, cuya formación se inicia precisamente aquí. [...] Si el yo no ha alcanzado realmente más que una represión del complejo, éste continuará subsistiendo, inconsciente, en el Ello y manifestará más tarde su acción patógena" (S. Freud: *La disolución del complejo de Edipo*. En: OC III, p. 2750).

7. J. Laplanche y J.B. Pontalis: *Diccionario de psicoanálisis*. Trad. Fernando Gimeno. Barcelona: Labor, 1994. Véase Complejo de Edipo.

8. Para la contemplación del desarrollo de esta triada en la personalidad cf. *El yo y el ello*, así como la parte final de *Totem y tabú*.

9. Para el tema filogenético se pueden consultar las dos terceras partes iniciales de *El Yo y el Ello*. Así como *Esquema del psicoanálisis, la Lección XXXI, y el cap. X de Inhibición, síntoma y angustia*.

10. S. Freud: *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis: Lección XXXI: La disección de la personalidad psíquica*. En OC III, p. 3138.

11. Las metáforas son del propio Freud, cf. el inicio de la *Lección XXXI*.

12. *Ibid.* p. 3138.

13. El complejo de Edipo tiende a conducir de la familia a la introducción del individuo en los grupos sociales (cf. *Malestar en la cultura y la Lección XXXI*).

14. S. Freud: *El malestar en la cultura*. En: OC III, p. 3065.

15. Aquí Freud podría ser un seguidor del contrato social a lo Hobbes.

16. *Ibid.* p. 3065.

17. *Loc. cit.*

18. Este, creemos, es un aspecto que bien se puede estudiar más a fondo en el pensamiento freudiano: la incapacidad real (óptica-filogénica-cultural) de

llegar a ser feliz, bajo cualquier forma y circunstancia. Es un tema para un próximo artículo.

19. S. Freud: *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Trad. James Strachey y Ana Freud. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1979; vol. XXII, pp. 72-73.

En la edición de López Ballesteros, la traducción no es tan impactante como la citada, además de que el autor de este artículo confiesa su ignorancia entorno a la presencia de un verbo tan particular como *aprovechar*: "En su empeño de mediación entre el *ello* y la realidad se ve obligado [*el yo*] muchas veces a resistir los mandatos inconscientes del *ello* —con sus racionalizaciones preconscientes—, a disfrazar los conflictos del *ello* con la realidad, aun en aquellos casos en los que el *ello* ha permanecido rígido e inflexible. Por otra parte, es minuciosamente vigilado por el rígido *super-yo*, que le impone determinadas normas de conducta, sin atender a los mandatos que lo aprovechan [*sic*] por parte del *ello* y del mundo exterior, y le castiga en caso de infracción con los sentimientos de inferioridad y culpabilidad. De este modo, conducido por el *ello*, restringido por el *super-yo* y rechazado por la realidad, el *yo* lucha por llevar a cabo su labor económica, la de establecer una armonía entre las fuerzas y los influjos que actúan en él y sobre él; y comprendemos por qué, a veces, no podemos menos de exclamar: '¡Qué difícil es la vida!' Cuando el *yo* tiene que reconocer su debilidad, se anega en angustia, angustia real ante el mundo exterior, angustia moral ante el *super-yo* y angustia neurótica ante la fuerza de las pasiones en el *ello*" (cf. *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, en OC. p. 3144-3145).

20. Los tres alumnos: *yo*, *super-yo* y *ello*; reciben instrucción, formación y reforzamiento respectivamente.

21. S. Freud: *Lección XXXI*, en OC III, p. 3145.

22. Loc. cit.

23. "[La razón] busca, como razón pura práctica, para lo prácticamente condicionado (lo que descansa en inclinaciones y necesidades naturales) también lo incondicionado y, en verdad, no como fundamento de determinación de la voluntad, sino, aun cuando éste ha sido dado (en la ley moral), busca la totalidad incondicionada del objeto de la razón pura práctica, bajo el nombre del *supremo bien*" (I. Kant: *Crítica de la razón práctica*. Trad. García Morente y E. Miñana y Villagrasa. Buenos Aires: El Ateneo; 1961; libro II cap. 1, p. 820).

24. "La ley moral es el único fundamento de determinación de la voluntad pura" (I. Kant: *Op. cit.* p. 801).

25. Uno de los temas centrales de *El malestar en la cultura*.

26. S. Freud: *Psicopatología de la vida cotidiana*. Trad. J.L. Etcheverri. Buenos Aires: Amorrortu, 1976; en *Obras completas* (Tomo VII; p. 161. Freud escribe esto en 1901). Se seguirá esta versión hasta previo aviso.

27. S. Freud: *Tres ensayos de teoría sexual*. En OC VII, p. 205. El texto es de 1905.

28. S. Freud: *Introducción al narcisismo*. OC XIV, p. 90. La obra es de 1914.

29. S. Freud: *Psicología de las masas y análisis del yo*. En: OC XVIII, p. 103. El texto es de 1921.

30. *Ibid.* p. 107.

31. Probablemente Kant deposita el contenido del imperativo categórico (la materia de las máximas que deben dirigir la acción de los hombres) no en el hombre individualista (*yo*, en el sentido freudiano), sino en un humanismo universal y futuro; porque si no qué otra cosa enseñan y en qué otras dimensiones es posible llevar a la práctica la acción de imperativos categóricos como "Obra de tal modo que la humanidad, tanto en tu propia persona como en la de cualquier otro hombre, sea para ti siempre un fin y nunca simplemente un medio"? (Kant: *Fundamentación metafísica de las costumbres*, c. 2; ed. Madrid: España-Calpe; trad. M. García Morente, 1921; p. 79). Cf. ideas similares a lo largo de ese cap. 2.

32. Si para Kant lo preciso es la "voluntad buena", no puede existir voluntad buena que no esté dirigida hacia la realidad y hacia la realización de la acción. La "voluntad buena" es, freudianamente hablando, el extremo de la constancia, el cumplimiento riguroso del deber y de la transformación sobre la realidad: "La voluntad solo será buena si, pese a todos los esfuerzos de que el hombre es capaz, obstáculos exteriores impiden la acción y no cuando esa misma voluntad desfallece o se vuelve vacilante" (Lucien Goldman: *Introducción a la filosofía de Kant*. Trad. J.L. Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu, 1974; cap. 3; sec I, p. 168).

33. "Si nosotros podemos traer en nuestra acción algo de lo lisonjero del mérito, entonces ya el motor queda algo mezclado con amor propio; tiene, pues, alguna ayuda por el lado de la sensibilidad. Pero supeditar todo a la sola santidad del deber y tener conciencia de que se puede, porque nuestra propia razón lo reconoce como su mandato y dice que se debe hacerlo, eso significa elevarse, por decirlo así, completamente por encima del mundo sensible mismo y está inseparablemente unido, en la misma conciencia de la ley, como motor de una facultad que domina la sensibilidad, aunque no siempre con efecto;

sin embargo, por el frecuente ejercicio y los ensayos, al principio escasos, de su uso, nos da la esperanza de su efectucción, produciendo poco a poco en nosotros el mayor interés, pero puramente moral" (I. Kant: Op. cit. 2da. parte, Metodología, p. 875).

34. Libertad, para que haya deber el hombre debe ser libre. Inmortalidad del alma y existencia de Dios, porque ambos derivan del hecho moral: si el alma es inmortal se logra la justicia (sanción) plena del valor moral realizado; y Dios, porque sólo un ser infinito puede conceder ese premio eterno.

35. S. Freud: *El problema económico del masoquismo*. Trad. Bibl. Nueva. Vol. III, p. 2756-2757.

36. *Ibid.* p. 2757.

37. "El *super-yo*, o sea la conciencia moral que actúa en él [*yo*], puede, pues, mostrarse dura, cruel e implacable contra el *yo* por él guardado" (*Loc. cit.*).

38. Cf. p.e. *Continuación de las lecciones y El yo y el ello*.

39. Postulamos firmemente que en Freud el determinismo es un supuesto, no es un principio demos-

trado. En efecto, ¿cómo se demuestra el determinismo freudiano sino es por una afirmación metodológica (inferencia clínica y terapéutica) que trata de explicar el origen de todo cuanto es y hace el hombre? Sí, para Freud toda acción humana, física, psíquica o traumática ha de tener relevancia y significación. Sueños, bromas, lapsus de la palabra o de la pluma, hasta movimientos corporales, todo es una inagotable fuente de información acerca del océano de urgencias y deseos que yace más abajo de la conciencia. ¿Es posible mantener este determinismo?

40. Si fuera posible hablar de un determinismo kantiano sería el hecho de cumplir con el deber, con el ineludible imperativo categórico, pero en Kant eso no es un determinismo, es el ejercicio mismo de la libertad.

Hernán R. Mora Calvo  
Apto. 880-1002 San José, Costa Rica